

San Sebastián, Antiqua, 2007.

Los viajes de Ulises y de Jasón.

Mi propósito al disertar hoy sobre estos dos héroes míticos griegos es el de invitar a contrastar sus peripecias y viajes de aventura tal como nos han quedado narradas en dos famosísimos relatos épicos de la literatura antigua: la *Odisea*, atribuida al viejo Homero y compuesta hacia el final del siglo VIII a.C., y la *Argonáutica* (o *El viaje de los Argonautas*) escrito por Apolonio de Rodas, un poeta alejandrino del siglo III a.C. Los dos protagonistas son héroes que ya existían en la mitología de tradición oral mucho antes de que esos dos poetas, Homero y Apolonio, los cantaran en sus hexámetros y los dieran un imborrable perfil literario en sus respectivas epopeyas. Notemos, ya de entrada, que mientras el Odiseo (o Ulises, en su nombre latino) se nos presenta en un poema épico muy antiguo, el Jasón épico del que vamos a tratar está tomado de un poema muy posterior, una epopeya elaborada unos cinco siglos después de la *Odisea*. Pero la travesía mítica de la nave Argo y sus pasajeros heroicos ya era conocida en tiempos de Homero, puesto que en el canto XII de la *Odisea* se alude a su fama, y, mucho antes de Apolonio, en la época clásica, ya el lírico Píndaro (en la *Pítica IV*) y el tragediógrafo Eurípides (en su *Medea*) escribieron sobre las aventuras y desventuras del buscador del Vello de Oro y su pareja, la peregrina Medea.

Ése es un primer trazo a tener en cuenta para la comparación: la *Odisea* es un poema de época arcaica, probablemente algo posterior a la *Ilíada* (donde también se habla del gran Odiseo, aunque no como el viajero astuto, sino como un héroe épico de gran valor e inteligencia bélica), mientras que la epopeya de Jasón y sus Argonautas está contada por un escrito helenístico, es decir, alguien que en su refinado modo de pensar y en su saber erudito está lejos del aliento popular de la tradición oral del que se nutre la poesía homérica. Era, desde luego, un gran lector de Homero, y de otros poetas posteriores, y componía en la atmósfera de la docta y libresca Alejandría.

Un segundo trazo – que tiene que ver con el primero – es que en *El viaje de los Argonautas* se nos describe un recorrido geográfico que podemos seguir en un mapa, aunque ese itinerario naval sea mucho más largo y complicado que el de las erranzas y naufragios de Ulises. El viaje de Ulises resulta mucho más nebuloso y fantástico que el de Jasón, y el poeta de las *Argonáuticas* ha querido describir un recorrido geográfico verosímil, según sus conocimientos, aunque sea muy discutible desde la geografía real de los ríos europeos tal como nosotros los conocemos. (Sabemos más que Apolonio).

Un tercer trazo es la diversa importancia que, en uno y otro caso, tiene la nave que transporta a los héroes. La Argo es un barco prestigioso y maravilloso, mientras que Homero nos da muy pocos detalles sobre los navíos de Odiseo. El rey de Ítaca llevó doce naves a la guerra de Troya, y, como se sabe, las perdió todas en su apurado regreso.

En relación con el anterior, podemos destacar un cuarto rasgo: los héroes que acompañan a Jasón forman parte de la empresa heroica y contribuyen, en cierta medida, a su triunfo. Hay episodios protagonizados por algunos de esos ayudantes heroicos, mientras que en la *Odisea* los compañeros de Ulises provocan, con sus torpezas e insensateces, los desvíos de la ruta y, en definitiva, su destrucción total. Ulises vuelve solo.

Un quinto rasgo: a Jasón le ayuda de manera decisiva la princesa Medea, y por eso la lleva consigo en su regreso. Las varias ayudas femeninas que el héroe argonáutico recibe son muy importantes para su éxito, y la de Medea es esencial. Y ese apoyo hipotecará su futuro. Destaquemos que el amor es un elemento esencial de la trama, y que ese tipo de amor, el amor pasión, es algo novedoso en la tradición épica.

En sexto lugar, las aventuras de Ulises están contadas en gran parte por él mismo, y ese papel de Ulises como narrador –de las llamadas “aventuras marinas”, en los cantos VIII a XII del poema – es de primera importancia en la estructura del poema y en la caracterización del héroe como narrador fabuloso. En contraste con el ingenioso Ulises, “el de muchos recursos”, Jasón es un tanto indeciso y quejumbroso. Ulises merece el epíteto de *polyméchanos*, y Jasón el de *améchanos*.

Y, finalmente, pero no de menor interés, cabe destacar un séptimo detalle: que Odiseo-Ulises resulta, a fin de cuentas, un héroe mucho más próximo que Jasón en sus peripecias. Mientras que éste es un héroe esforzado y típico de un cuento maravilloso, el príncipe que marcha a una empresa de extraordinaria audacia (zarpa en busca de un tesoro lejano en su nave mágica y vence a los monstruos y se casa con la princesa hija del ogro y escapa triunfante), Ulises no busca grandes aventuras ni tesoros, aunque se tope con monstruos y magas en el camino de regreso a su casa. Volviendo de una guerra a la que logró poner fin y a la había ido a su pesar, él sólo quiere regresar a su patria, esa isla pequeña y pedregosa de Ítaca. La guerra le demoró diez años y la travesía marina, que hubiera podido durar normalmente unos pocos días, le entretuvo luego otros diez. Aventurero a su pesar, Ulises no zarpó de Ítaca para buscar la gloria ni robar un tesoro ni desafiar a los monstruos, sino que todo su empeño era sobrevivir a la guerra y volver, cansado y ansioso del hogar, con los suyos. Por todo ello Ulises nos resulta un héroe moderno, sensato y familiar.

En la próxima charla comentaremos todos estos puntos que acabo de indicar, resaltando las semejanzas y los contrastes entre los dos protagonistas y los dos poemas, para dejar más claro cómo se perfilan ambos héroes, uno frente al otro, en las páginas de la épica griega y en la literatura universal. No voy a repetir lo que ya he escrito en mis puntuales introducciones a ambas obras, la *Odisea* y *El Viaje de los Argonautas* (que he traducido y editado en la colección de bolsillo de Alianza Editorial, y a las que remito al lector interesado en el conjunto de estos textos clásicos). Pero trataré de resumir desde esa perspectiva las facetas más interesantes de uno y otro relato. Estos son los dos grandes textos épicos de la épica heroica griega de aventuras y viajes –al margen de la *Ilíada*, el poema de la guerra de Troya –, los únicos conservados, pues se nos han perdido otros, tal vez menos logrados, sobre otros héroes esforzados, como Heracles, o Teseo. Mucho más tarde, ya en el siglo V d.C., es decir, más de diez siglos después de Homero, se escribirá el último gran poema de viajes y aventuras con un protagonista muy peculiar, Dioniso. Es el enorme texto de las *Dionisiacas* de Nonno de Panópolis, postrero y barroco epígono del género, tardío homenaje al legado mitológico.

Los viajes de Ulises

El mar tiene, desde los primeros poemas griegos, un permanente prestigio en la literatura de viajes. Es un ámbito de infinitas resonancias mitológicas. Era el dominio del dios Poseidón, hermano de Zeus, desposado con la bella Anfitrite, hija del sabio Nereo, el Anciano del Mar, que habitaba en el fondo con sus numerosas hijas, las bellas Nereidas, y entre ellas Tetis, esposa de Peleo y madre de Aquiles. El Mediterráneo fue

el camino de aventuras de los más intrépidos héroes , como Jasón el Argonauta y Teseo, el matador del Minotauro. (La palabra griega *pontos* , “mar” y “alta mar”, viene de una raíz indoeuropea que significaba “camino”, como en el latín *pons*, el antiguo indio *pantáh*, en ruso *ponty* o el inglés *path*). Pero ese mar de resonancias míticas es, sobre todo, el escenario que cruzó , zarandeado y errabundo, Odiseo o Ulises, el rey de Ítaca, el famoso protagonista de la *Odisea*. Con sus olas y sus orillas fue el laberinto de las inolvidables aventuras odiseicas.

No era, en principio, extraordinaria la distancia marina que el héroe debía recorrer para regresar, tras la penosa guerra, a su isla de Ítaca, situada muy al sur del Adriático , zarpando de las costas asiáticas de Troya, vecina del Bósforo. En atravesar el Egeo y bordear el Peloponeso un barco de amplia vela podía tardar muy pocos días. Pero a Ulises los dioses y las tormentas se lo pusieron muy difícil y tardó diez años en volver a su anhelada isla. Cuando lo hizo, entonces habían pasado veinte años de su partida (diez de la guerra y diez de sus formidables aventuras marinas) y traía el héroe, desde luego, mucho que contar y sabía bien lo que significa tener una patria pequeña, una Ítaca, que no olvida y aguarda siempre al viajero, empeñado en regresar al hogar. En la noche en que, por fin, pudo acostarse de nuevo en su lecho familiar junto a su fiel Penélope , después de la dura jornada de matanza de los pretendientes, Ulises le fue contando a su esposa sus muchas aventuras.

Nosotros las conocemos por el poema de Homero, donde las relata hábilmente el propio Ulises en el banquete que dan en su honor los Feacios antes de llevarlo por fin a Ítaca. Esa narración de sus aventuras marinas ocupa los cantos VIII al XII, de modo que está situada casi en el centro de la *Odisea* (que se divide en veinticuatro cantos). Resulta, sin duda, la parte más conocida del espléndido poema, y está contada con un magnífico estilo, pues uno de los grandes talentos de nuestro héroe es el de ser un estupendo narrador, tanto de historias verdaderas como falsas (como se ve en las vidas que se inventa en sus encuentros en Ítaca). El rey de los Feacios , Alcínoo, elogia a Ulises como claro y verídico narrador; en cambio, unos cantos después, en Ítaca, la diosa Atenea, que conoce mejor a nuestro astuto héroe, lo elogiará por contar mentiras como nadie. En la tradición literaria de los grandes relatos de viajes estupendos, que están siempre contados en primera persona por sus protagonistas, el de Ulises es el pionero. Luego vienen los del troyano Eneas (en la *Eneida* de Virgilio), el de Simbad el Marino (en las *Mil y una Noches*), el de Dante (en la *Divina Comedia*), el de Cyrano de Bergerac (en su *Viaje a la Luna*), los de Gulliver (en la novela de Jonathan Swift) , los del Barón de Münchhausen, etc. Que el viaje fabuloso lo cuente el propio viajero acentúa la ironía del relato y despeja las dudas del oyente. ¿Cómo va a ser mentira el increíble viaje si el viajero mismo está ahí contándonoslo?

Los episodios marinos : terribles monstruos y amorosas magas

Los episodios del arriesgado itinerario odiseico son muy variados. A lo largo de ellos Ulises va perdiendo sus doce naves y sus numerosos compañeros, y sólo él escapa de la muerte y el mar. Recordemos esos peligrosos encuentros: el saqueo del país de los Cícones; la arribada a la tierra de los Lotófagos, esos drogadictos que comen una planta que provoca el olvido; la visita a la extraña isla de Eolo, dios de los vientos, cuyo regalo se pierde por culpa de los codiciosos compañeros de viaje; la visita a la isla de los Cíclopes y el encuentro en la cueva con el cruel Polifemo; la batalla con los fieros Lestrígones, fieros gigantes antropófagos, que destruyen todos los barcos de la flota menos el del propio Ulises; la estancia en la isla de la hechicera Circe; el viaje al sombrío Hades, el país de los muertos, para dialogar con Tiresias, y , de paso, con las

almas de otros difuntos héroes que fueron sus compañeros en los combates ante Troya ; y la rauda travesía junto a la costa donde cantan las seductoras y mortíferas Sirenas; el paso terrorífico entre la monstruosa Escila y la vortiginosa Caribdis ; la arribada a la isla donde pacían las vacas del divino Helios, allí donde los hambrientos e insensatos compañeros de Ulises devoraron algunas sagradas reses y, en castigo, se atrajeron la destrucción fulgurante del navío; y, finalmente, la llegada de Ulises, náufrago, a la idílica isla de la ninfa Calipso, que, enamorada de él, le retendrá a su lado siete años.

Los riesgos del itinerario son muy variados: de un lado están los monstruos, del otro, las magas enamoradizas, como Circe y luego Calipso. La respuesta de Ulises es siempre la que mejor define su carácter. En vano esta amorosa ninfa le ofrece al sufrido náufrago la inmortalidad, si accede a quedarse con ella, como su esposo para siempre, en su isla remota. Ulises no puede ceder a esa tentación, porque quiere, por encima de todo, volver a su tierra junto a los suyos. Y porque no quiere renunciar a su historia personal, por más que ésta comporte una dosis amplia de dolor y tenga que concluir, como todas las historias humanas, en la vejez y la muerte. La inmortalidad, a cambio del olvido, no le atrae en absoluto. Cuando ha entrado en el Hades, y allí ha visto a los muertos, no ha hecho ninguna pregunta sobre el Más Allá, sino sobre cómo ha de volver a su Ítaca. Calipso, presionada por la orden de Hermes y los deseos de Ulises, tiene que resignarse y dejarlo partir de nuevo por el proceloso mar camino de su isla.

Acerca del itinerario de estos viajes odiseicos se ha escrito mucho. Algunos estudiosos, ya en época antigua y repetidamente en tiempos modernos, han querido trazar sobre un mapa del Mediterráneo (y algunos incluso sobre el Atlántico) la ruta de Ulises. Las hipótesis al respecto son curiosas, pero, en mi opinión, poco convincentes. ¿Tuvo Homero a mano algún periplo prestado por los comerciantes fenicios o por algunos piratas griegos? ¿Quiso dejar en sus versos misteriosas claves, en un código secreto, a futuros viajeros? No parece muy verosímil. Pero si alguien quiere imaginar el zigzagueante rumbo de Ulises sobre el mapa mediterráneo, encontrará fácilmente pistas y guías oportunos. Algunos eruditos y algunos seguidores de Ulises han dibujado la ruta de Ulises en mapas del Mediterráneo, e incluso más allá. Por otra parte, ya desde muy antiguo, algunas localidades costeras pretendían guardar recuerdos del paso del héroe. Así se creía que la isla de Circe estaba en el golfo de Nápoles y el país de los Lotófagos en la apacible isla de Yerba, frente a la costas orientales de Túnez. Parecía probable ubicar a los brutales Lestrígones en la áspera costa tracia. En cuanto a la gruta del cíclope Polifemo era tradicional colocarla en las costas de Sicilia o sus alrededores. Cerca rugía el terrible estrecho de Escila y Caribdis. Y por allá en la costa, muy cerca de Nápoles, quedarían las rocas desde donde cantaban las seductoras sirenas. Incluso se precisaba dónde caía la apartada gruta de la ninfa Calipso, hija de Atlante: más lejos, en algún islote frente a Ceuta. (Aunque, si bien se piensa, la isla pedregosa y raquítica de Perejil no parece muy apropiada para el idilio famoso con la bella ninfa). La isla de los feacios se identificó tradicionalmente con Corfú (la isla griega de Corcira, al norte de Ítaca). En cuanto a la entrada del Hades, el mundo infernal de los muertos, que Ulises va a visitar desde la isla de la maga Circe, era más difícil de ubicar, ya que al parecer debía de quedar lejos, en los bordes del Océano.

Esas localizaciones dicen poco para una mejor lectura del viaje de Ulises. En todo caso ahí, en los sonoros versos del poema, se oye respirar al viejo Mediterráneo, que entonces aparecía extenso y turbulento, rico en prodigios, con sus mágicas calas y sus escondidas cuevas. Era ese mar que Homero llama “de color de vino”, espumoso y resonante, transitado por héroes y dioses. Con sus ínsulas misteriosas y sus peligrosos abismos. Por el alta mar iban trazando nuevas rutas los audaces navegantes griegos con sus frágiles naves, con afán de colonizar algunas costas para comerciar y descubrir

nuevas orillas y fundar nuevas ciudades, en pleno siglo VIII a.C. Era el mar que ya habían surcado otros héroes míticos, como Jasón y sus compañeros de la Argo, y que también recorrían los piratas fenicios, competidores de los griegos, tipos ávidos de cambalaches y aficionados a raptar doncellas y niños y revenderlos luego lejos como esclavos, según los griegos. En fin, en las aguas azules rebulle todo un vasto caudal de historias y aventuras, la memoria de los navegantes audaces y de los prodigios isleños, un manantial de muchas odiseas.

Los encuentros del viajero. La hospitalidad, virtud premiada por los dioses.

Frente a la *Ilíada*, epopeya de la guerra y la gloria de los combates de armas, la *Odisea* nos habla de otro tipo de aventuras y otro tipo de héroes. Habla de los riesgos y venturas de un héroe viajero que ya no destaca por su fuerza y su furor bélico, sino por su astucia y su inteligencia, por su paciencia y su habilidad en el trato con los otros, y con su carácter y sus sagaces palabras logra superar todos los obstáculos y volver feliz a su hogar. Podemos imaginar que el público griego – en los finales del siglo VIII a.C.- deseaban escuchar ese nuevo tipo de aventuras, y que muchos de los oyentes que rodeaban al aedo (al que podemos seguir llamando Homero, acaso un Homero con algunos años más que el de autor de la *Ilíada*, o tal vez un brillante discípulo de aquél) escuchaban con más interés este tipo de relatos de viajes y peripecias marinas y sentían más cercano a ellos a alguien como Ulises, un héroe mucho más moderno que los fabulosos vencedores de los grandes monstruos o los duros destructores de ciudades. En la narración casi novelesca de la *Odisea* se respiran aires nuevos, sobre un esquema de cuento tradicional (el del esposo que vuelve tras largos años de ausencia a tiempo de impedir un nuevo matrimonio de su mujer) con un final mercedamente feliz. Su ámbito no es el de la guerra, sino el de los espacios marinos y las islas mediterráneas.

Claro que en esas andanzas de Ulises cuentan los encuentros más que los paisajes. La *Odisea*, como cualquier narración antigua, describe poco los parajes y lugares vistos, y, en cambio, nos habla de los extraños con los que ha tenido que tratar el viajero. No debemos olvidarlo: viajar significa encontrarse con otros y en esos encuentros se juega el éxito de la aventura personal que entraña el recorrer otras tierras y ver otros horizontes. Tal vez el turismo actual, con sus estancias programadas y sus prisas, puede hacer que olvidemos ese aspecto esencial del viaje auténtico: encontrarse con los otros, arriesgarnos a depender de los otros para el hospedaje y el transporte, ver otras gentes. Desde el comienzo de la *Odisea* se define a Ulises como “el hombre muy artero que anduvo errante mucho tiempo y vio las ciudades de los hombres y conoció su forma de pensar”. Esa experiencia del trato con otros es lo más valioso de un buen viaje. ¡Cuántos encuentros, y qué diversos hay en la *Odisea*!

Pero no voy a detenerme en describirlos uno a uno. No intento repetir el relato. Pero quisiera subrayar que en los encuentros se demuestra no sólo la gran humanidad de Ulises, sino también la importancia que los griegos antiguos daban a una vieja virtud: la hospitalidad. Es muy importante ver cómo se trata a un extraño, a alguien que llega necesitado de cobijo y comida, a un náufrago o un peregrino, que debe convertirse en huésped, según las normas de la hospitalidad. “Extranjero” y “huésped” se dicen en griego con la misma palabra : *xenos*. Xenía es “hospitalidad”.

En la *Odisea*, narración de tantos y variados encuentros, la hospitalidad tiene una relevancia esencial. El comportamiento de anfitriones y huéspedes es un motivo de central importancia, y lo es en los tres escenarios del poema: en la *Telemaquia*, en las *Aventuras Marinas*, y en la parte final del *retorno a Itaca*. En la *Telemaquia*, esto es, en los cuatro primeros cantos del poema, es el hijo del héroe quien protagoniza el relato al

marchar al Peloponeso en busca de su padre. Telémaco visita allí los palacios de otros reyes, compañeros de Ulises en la guerra de Troya, y es acogido ejemplarmente por Néstor en Pilos, y por Menelao en Esparta. En ambas cortes comprueba la generosidad y el afecto de los nobles camaradas de armas de Ulises. Aquí recibe evidentes muestras de la cortesía que los soberanos saben mostrar para acoger a un príncipe. Gestos de amistad, ceremonial aristocrático, regalos espléndidos al partir. Todo se desarrolla en un ambiente de cordial atmósfera, teñida de recuerdos melancólicos, cuando se evoca al ausente Odiseo. También Telémaco sabe comportarse de modo ejemplar, en Ítaca, con sus ocasionales huéspedes: con Mentos, con Teoclímeno y, en fin, con el mendigo peregrino al que acosan los pretendientes y que no es sino Ulises disfrazado.

Hay todo un ritual que una y otra vez se pone en práctica en las mansiones señoriales. Como señala S. Saïd: “La hospitalidad sigue unas reglas muy precisas. Se debe ofrecer al extranjero un baño y vestidos limpios. Se le debe sentar a la mesa, lo que es el mejor medio de indicar su integración provisional en la comunidad, y hacerlo participe del banquete honrándole con una porción selecta. Se le debe, en fin, ofrecer un “regalo de hospitalidad” (*xeínion*), que a veces se confunde con la comida y darle luego los medios para regresar a su casa” .

Ulises experimentará esa hospitalidad magnífica del rey Alcínoo en Feacia, y luego hallará otro personaje acogedor en su patria: el porquerizo Eumeo, que lo recibe en su humilde choza y lo trata con ejemplar cariño y una cortesía digna de un príncipe. Estupendo tipo es este Eumeo, que confirma que el autor de la *Odisea* siente una gran simpatía hacia los humildes, como este esclavo, mucho más noble en su carácter que los soberbios pretendientes que en el palacio de Ulises asedian a Penélope y se banquetean a costa del soberano ausente. (También este retrato de gentes humildes y nobles es una novedad en la *Odisea* frente a la antigua épica aristocrática). Los jóvenes pretendientes insultarán a Ulises, disfrazado de mendigo, en su propio palacio, y pagarán con sus vidas sus ultrajes y su desprecio desvergonzado de las normas de la hospitalidad. Como también paga sus crímenes el salvaje Cíclope, que se jactaba de pisotearlas. Polifemo es el más claro ejemplo de salvajismo y crueldad con los extraños, y sufre su justo castigo. Con ayuda del vino, que le ofrece como un taimado regalo de hospitalidad, y una estaca ardiente de olivo, el árbol de Atenea, Ulises, que le dijo llamarse Nadie, deja ciego al colosal antropófago de un único ojo, y logra escapar con sus compañeros de su cueva.

Resulta ambigua y peligrosa la hospitalidad que ofrecen las magas escondidas en sus idílicas islas. La hechicera Circe transforma en bestias a sus visitantes. A los torpes camaradas de Ulises los convierte en cerdos. Menos mal que el astuto héroe, con la ayuda de Hermes, triunfa de sus trampas. La bella Calipso, enamorada de Ulises, lo retiene a su lado nada menos que ocho años. Al fin intervienen los dioses y Hermes le transmite la orden divina de dejarle partir, y el hábil Ulises se fabrica una balsa y se echa de nuevo al mar, hacia el próximo naufragio.

En el mundo antiguo, cuando aún no había hoteles y no circulaba el dinero, la hospitalidad era muy importante, tanto para los nobles viajeros como para los naufragos y los solitarios peregrinos. En las costas del Mediterráneo –el de los mitos, pero también el de las colonizaciones y los naufragos y los piratas – los encuentros con los desconocidos suponían un riesgo constante, y la hospitalidad ofrecía el mejor amparo de la desdicha. Siempre que Ulises arriba naufrago a una nueva orilla se pregunta: “Ay de mí, ¿será ésta una tierra de gentes hospitalarias y temerosas de los dioses, o un país de salvajes y violentos?”. La disyuntiva refleja bien las angustias del naufrago.

La hospitalidad fue entre los griegos, como entre otros pueblos antiguos, una preciosa virtud, amparada por Zeus, el dios protector de los viajeros y los suplicantes. (Ahora ya no parece estar, desde luego, de moda. Son demasiados los visitantes y los

extraños suscitan ante todo recelos y sospechas, sobre todo si son viajeros pobres y no tienen alguna carta de crédito. Las costas del Mediterráneo están mucho menos abiertas a los extraños y tratan mal a los náufragos, cuando no llegan con un pasaporte en regla y dinero fresco. En nuestra civilizada y cicatera rutina burguesa no tenemos tiempo para escuchar historias de los viajeros. ¡Malos tiempos para otros Ulises!

Breve nota sobre una versión poética moderna de la *Odisea*

Apenas hay descripciones de paisajes en la *Odisea*, ni en otros relatos griegos. Surge de cuando en cuando alguna alusión a una bahía, una cueva o algún árbol (como aquel olivo cuyo tronco utilizó Ulises para hacerse una pata de su lecho nupcial, o la higuera arraigada en la roca de la que se cuelga Ulises para escapar del torbellino de Caribdis). Pero podemos imaginar, como telón de fondo, los paisajes del Mediterráneo que sirven de fondo a sus arribadas y naufragios. También la pedregosa Ítaca, una isla que Telémaco dice apropiada para las cabras y no para los caballos, con sus montes y sus puertos, es una típica isla de nuestro mar, y sigue todavía ahí. (La describe bien Javier Reverte en su relato viajero *Corazón de Ulises*).

En contraste con el silencio homérico, la más precisa y colorida evocación de las marinas mediterráneas, con todas sus luces y sus árboles y plantas, la he encontrado en la recreación muy nostálgica del poema homérico que escribió, en prosa y verso, desde su exilio mexicano, Agustí Bartra, con el título de *Odisseu*. Se publicó en México, en 1953. (Ramón Xirau y él la tradujeron al castellano en 1955 y se editó en la colección "Tezontle"). En ese hermoso texto se recuentan con acentos muy personales, en sucesivos capítulos y en los poemas intercalados, los episodios más significativos de la *Odisea*, siempre con un fuerte acento lírico, pues Bartra era ante todo poeta. Pero lo más impresionante en él, y por eso lo recuerdo ahora, son sus muchos paisajes, un paisaje muy griego, a la par que muy catalán, es decir, muy parecido al de la Costa Brava. Ciertamente ya Joan Maragall en su obra teatral *Nausica* (hacia 1910) había evocado, bajo la sombra de Goethe, la estancia de Ulises en una Feacia que tenía de fondo una marina familiar. Pero es Bartra quien, desde la lejanía de su forzado exilio, a los diez años de ausencia de su tierra, que tuvo que abandonar tras la guerra civil, aquí se identifica de corazón con el exiliado y errabundo Ulises, y recrea con muy poético colorido todo ese litoral soleado y arenoso, con sus olivos, cipreses, pinos, higueras, y la marina Ítaca con sus oscuras barcas y sus muros blancos y sus gaviotas, en fin, todo un vivaz escenario mediterráneo de una rediviva *Odisea*¹.

Jasón el Argonauta

La leyenda de Jasón podría bien dividirse en dos partes: la primera trata de cómo en la famosa nave Argo fue a la Cólquide y volvió victorioso con el Vello de Oro, y la segunda de cómo sufrió la venganza de Medea cuando quiso dejarla. Es un gran héroe aventurero que, como Teseo o Heracles, emprende un largo viaje para luchar contra los monstruos y obtener un espléndido botín de su aventura, pero luego las cosas se le

¹ No sé si se ha reeditado el *Odisseo* de Agustí Bartra. Me figuro que sí, y, en todo caso, lo merece. Sobre la *Nausica* de Maragall, quiero recomendar el claro ensayo de Carles Riba, recogido luego en C. Riba, *Clàssics i moderns*, Edicions 62, Barcelona, 1979. Para leer la *Odisea* en catalán la mejor traducción sigue siendo la de Riba, en su segunda versión, reeditada muchas veces. En castellano la más reciente traducción es la que publiqué el año pasado, con una introducción en la que comento brevemente todas las anteriores versiones (*Homero, Odisea*, Alianza, Madrid, 2005).

complican al héroe que pierde el habitual final feliz de los cuentos. Analicemos el relato.

De muy antiguo viene la saga de los intrépidos héroes que, guiados por Jasón, en la nave Argo salieron de la costa de Yolco en Tesalia, surcaron el peligroso espacio marino y penetraron en el Mar Negro a través de las Rocas Oscuras, para rescatar del fondo de la Cólquide el Vello de Oro. Ya Homero recordaba en la Odisea (XII, 69-70) , con una rápida alusión, a “la nave Argo que cruzó el alta mar, celebrada por todos” . Pero la fabulosa gesta de los Argonautas nos ha llegado contada en extenso en un poema épico del helenístico Apolonio de Rodas (s.III a.C.). Antes cuentan algunos episodios de la historia de Jasón Píndaro en su Pítica IV y Eurípides en su Medea . Los demás poemas antiguos sobre esta estupenda aventura heroica se nos han perdido. Aunque no dudamos de que era una saga mítica muy antigua, difundida ya antes de Homero.

La saga de los Argonautas estaba, en efecto, aureolada del prestigio de muchos héroes de noble abolengo y de muchos avatares resonantes en la tradición. El viaje de los Argonautas de Apolonio quiere recobrar la antigua epopeya con nuevo fervor poético. De nuevo en sus versos encontramos las olas odiseicas chasqueando sobre la nave de los héroes griegos ante costas lejanas, de nuevo hallamos a los prodigios peligrosos y las magas enamoradizas; de nuevo una geografía que invita a los héroes al avance intrépido, y, al fondo, los toros de aliento de fuego, un dragón enorme que guarda el tesoro, un rey feroz y una bella princesa, y luego el azaroso regreso al hogar.

Probablemente, como ya apuntó Robert Graves, podríamos deslindar en el entramado mítico dos ejes temáticos. De un lado la expedición de un grupo de aventureros heroicos -con algún eco histórico en su trasfondo- a las comarcas nórdicas del oro y del ámbar (el NE. del Mar Negro y el Norte del Adriático). Los expedicionarios son los llamados Minias Eólicas, héroes en buena parte tesalios y de otras varias regiones, que se lanzan a explorar un lejano confín del mar cruzando el Helesponto. (El famoso estrecho tiene ese nombre desde que allí se cayó a las aguas Hele del lomo del mágico carnero áureo, cuando cruzaba por el aire, junto con su hermano Frixo. Y él fue quien luego sacrificó el animal extraordinario y dejó en el bosque su áureo pellejo al cuidado de un dragón). Los héroes griegos son cincuenta y seis en el catálogo de Apolonio, un buen número para el barco de cincuenta remos.

Por otro lado está la iniciación y la gloria personal del capitán de la empresa que triunfa de una serie de pruebas en las que deja de manifiesto su condición de protagonista de las hazañas, en una *aristía* singular. Debe Jasón domar unos toros fogosos y arar con ellos un campo, segar a los guerreros que surgen como espigas de la tierra labrada, reconquistar el vello de oro que vigila un insomne dragón, y regresar a la patria en un periplo muy arriesgado. A las pruebas heroicas y atléticas, los *aethla* típicos, se añade otro botín: la princesa que, enamorada del héroe, colabora con él y se fuga con él.

La estructura del mito parece comportar esa combinación de motivos, los de la expedición colectiva y los de la iniciación heroica. Así vemos que Jasón está prácticamente ausente en los lances de las aventuras marinas (con una excepción muy importante ; la del encuentro con las Lemnias, donde el seductor Jasón tiene un claro amorío con la reina Hipsípila), mientras que los demás héroes no resultan de utilidad ninguna para obtener el famoso Vello de Oro, una vez varada su nave en la Cólquide.

Entre esos acompañantes de Jasón figuran personajes muy ilustres, como Heracles, y Peleo y Telamón (que fueron padres respectivamente de Aquiles y Ayante, los mejores guerreros frente a Troya), y una serie de especialistas heroicos: dos excelentes adivinos (Mopso e Idmón) junto al magnánimo Orfeo, sin rival en el canto

con lira; un excelente timonel, Tifis; un corredor tan veloz que puede ir sobre las olas del mar, Eufemo; dos héroes alados, Zetes y Calais, hijos del dios del viento Bóreas; Polideuces, boxeador invicto, y Castor; Linceo, de vista agudísima; Periclímeno, con sus mágicos poderes de transformista, etc. No es mucho, sin embargo, el partido que en la expedición saca Jasón de tantos auxiliares prodigiosos. Tan sólo Orfeo (que compite con las Sirenas) y Polideuces (que aporrea en un duro match al brutal Amico) y los dos hijos voladores de Bóreas (que persiguen a las Harpías) rinden buen provecho en el viaje.

Como subrayó un buen comentarista (K. Meuli), tal vez en una versión más amplia y antigua estos héroes con dones extraordinarios tuvieran papeles más destacados. Recuerdan el folktale arquetípico del héroe con auxiliares mágicos. Aquí se han quedado un tanto superfluos en su mayoría y en general. Incluso Heracles, “cuyo peso excesivo hacía peligrar la embarcación” (según un escoliasta antiguo) abandona la expedición a la mitad, en un lance curioso y muy sintomático. (Los demás lo dejan en tierra mientras él anda buscando a su amado Hilas, raptado por una náyade o ninfa acuática encaprichada con el jovencito). Está claro en el poema que Heracles, con su enorme fuerza y arrogancia, podía dejar en sombra a Jasón, que tiene dificultades a veces para mostrar su protagonismo en las aventuras previas.

En cambio, apenas arriban a la Cólquide, él se las entiende solo con su aventura. Cierto es que ya cuenta con otra colaboración mucho más valiosa: la de Medea. Con ayuda de la princesa maga y enamorada Jasón vence las pruebas y recobra el toisón de oro, y con ella emprende el viaje de regreso, en una acelerada fuga y perseguido por las naves de los furiosos Colcos. Recorre un largo camino de regreso - ya que sale del Mar Negro, no por el Bósforo, sino remontando el curso fluvial del Istro (es decir, el Danubio) para desembocar en el Adriático por el Po, y luego de darse la vuelta (para escapar al asedio de la flota de los Colcos), ascender por el Po hasta el Rhin, y pasando de éste al Ródano bajar de nuevo al Mediterráneo, costear Italia y cruzar por delante de Sicilia y penetrar en los arenales de Libia, en el norte de África, para luego, al fin con buen rumbo, subir hacia su patria pasando de largo Creta y las costas griegas.

No es difícil advertir que bajo el esquema del mito podemos rastrear el de un cuento popular, un folktale de episodios muy tópicos. Del tipo del que suelen llamar los folkloristas “de la hija del gigante”. En él el héroe se pone en camino para conquistar en tierras lejanas un botín imposible y cumplir unas pruebas de susto. Es el padre de la princesa, un maligno rey o un temible gigante, quien le impone tan terrible tarea. Pero el protagonista cuenta con la ayuda de auxiliares mágicos, que le facilitan el triunfo. Con ellos logra cumplir el desafío y concluir con éxito sus hazañas y casarse a la postre con la bella deseada. (No es raro encontrar realizaciones literarias de este modelo en varios géneros. Por ejemplo, en la novela galesa del s. XII Culhwuch y Olwen, del siglo XII).

En la leyenda en torno a Jasón hallamos un esquema arquetípico de un cuento maravilloso, al que el mito ha aportado memorables nombres: El héroe se ha criado lejos de su patria (con un educador de héroes, el centauro Quirón) regresa convertido en un apuesto guerrero a su país (Yolco). Su padre (Esón) está exiliado por el usurpador, su despótico tío (Pelias). Ya ha sido prevenido el fiero monarca por el oráculo (“¡Guárdate del hombre de una sola sandalia!”) y no tarda en reconocer al joven forastero como el esperado enemigo. Pero no se atreve a matarlo directamente, por ser su sobrino, y lo envía a una empresa imposible (a traerle el Vello de Oro). El héroe reúne a sus colaboradores (los Argonautas) y emprende su gran viaje hasta el fin del mundo (la Cólquide o Ea, al pie del Cáucaso). Allí se guarda el áureo toisón, vigilado por un dragón y bajo el poder de otro terrible monarca (el rey Eetes, hijo de Helios).

Ahora bien, la hija más joven de Eetes se enamora del extranjero y -ella es perita

en artes mágicas- decide ayudarlo a superar las pruebas terribles (domar unos toros que vomitan fuego, arar y sembrar un campo con los dientes de un dragón, y exterminar luego a los guerreros que nacen como espigas de la tierra sembrada, en un solo día) y a recobrar el vellocino en el bosque donde vela el insomne dragón (que Medea logra encantar y adormecer) Toma consigo Jasón el áureo pellejo mágico y ambos se reúnen con los demás Argonautas y salen rumbo a su hogar común. En la fuga van perseguidos por el enfurecido Eetes con sus barcos de guerra. La fuga es más enrevesada geográficamente de lo esperado, lo que demora el final. Pero se casan y llegan felices a él.

A partir de aquí ya no encontramos la secuencia final del cuento maravilloso. Porque no se casaron y reinaron felices, ni comieron perdices como esperábamos el príncipe y la princesa. Aunque el cruel usurpador Pelias tuvo su merecido castigo, tal vez la forma refinada de su muerte resultó demasiado comprometedor para los nuevos esposos.

Porque a Pelias lo cocieron en un caldero sus propias hijas, convencidas por Medea de que el baño en un caldero mágico era un buen medio para restaurar la vitalidad del anciano. Medea mostró a las Pelíades el ejemplo a seguir, con un carnero descuartizado, que salió resucitado y vigoroso del hirviente caldero mágico. El experimento con Pelias no tuvo el mismo éxito. Y Jasón y Medea acusados del crimen tuvieron que exiliarse de Colco. Pasaron así algunos años errantes y fueron acogidos en Corinto, donde el rey propuso a Jasón una nueva boda con su hija, a condición naturalmente, de que abandonara a la extranjera. Entonces Medea trazó su terrible venganza: mató a los hijos que había tenido con Jasón y también, mediante unos regalos ponzoñosos, al rey y a su hija, la destinada a segunda esposa de su marido. Luego se fugó, con la ayuda del carro de su abuelo Helios, a Atenas, donde fue acogida por el rey Egeo.

Así acaba el mito, con la feroz venganza de Medea. Con un desenlace muy diferente al del cuento maravilloso. Podemos advertir aquí el recelo de los griegos hacia esas princesas que por amor traicionan a los suyos y se fugan con el bello extranjero, aunque éste tenga el mérito de ser griego y ella sea de origen bárbaro. Todas esas princesas que traicionan a padres y hermanos por amor al héroe visitante son muy peligrosas. (Otros casos son el de Cometo que por amor a Anfitríon le cortó a su padre Pterelao su vital cabellera, o Escila que traicionó a Niso por amor a Minos, y, sobre todo, Ariadna, hermana del Minotauro, que salvó a Teseo del laberinto de Cnosos). El caso de Ariadna, prima de Medea, puesto que su madre Pasífae, de amores no menos fogosos, era hija de Helios y hermana, por tanto de Eetes y de Circe, es el más parecido. (Jasón evoca el nombre de Ariadna, pero no su final, para seducir a Medea, prometiéndole ilustre fama en Grecia si le ayuda, como aquella ayudó a Teseo) Pero mientras que Teseo, sagaz y oportuno, abandonó a Ariadna por el camino de vuelta, en la isla de Día o de Naxos, Jasón no consigue librarse a tiempo de su amante. Medea cobra luego aires de “mujer fatal”, en su rencor vengativo.

Jasón no logró un final feliz. Por dos veces estuvo a punto de ser rey, pero falló en el último momento. Arriesguemos una explicación, un tanto moralista. Tal vez se merecía el infortunio por haber cedido demasiado el papel de protagonista a su ayudante femenino. Siempre tuvo mucho encanto para atraerse los favores de las mujeres - como los de Hipsípila antes de Medea - y de las diosas (tuvo a Atenea, Hera y Afrodita de su lado), pero a la postre esos hipotecó su papel heroico. En la interpretación psicoanalítica de Paul Diel, un psicólogo moderno muy habilidoso en su exégesis mítica, Jasón es el prototipo del “héroe banalizado”. Subraya en su comentario que los triunfos de Jasón deben demasiado a las artes mágicas de Medea y que sus hazañas quedan inconclusas

(no durmió al dragón, sino que lo dejó dormido por el filtro hipnótico). Esa falta de remate para sus acciones es muy expresiva del valor renqueante del héroe, según esta interpretación suspicaz.

Cuenta una versión tardía sobre su muerte, que Jasón se había sentado a la sombra de la nave Argo, varada como monumento de gloria en una colina, cuando el mástil de la nave ya muy envejecido se desprendió y le cayó encima, aplastándolo. Y el psicólogo aficionado a la hermenéutica mítica le saca mucha punta a este mazazo. “La Argo - comenta Diel - es el símbolo de las promesas juveniles de su vida, de las hazañas de apariencia heroica que le han valido la gloria. Ha querido descansar a la sombra de su gloria, creyendo que bastaba para justificar su vida entera. Al caer en ruinas la Argo, símbolo de su juventud, se convierte en el símbolo de la ruina final de su vida. El madero es una transformación de la maza. Es el aplastamiento bajo el peso muerto, el castigo de la banalización”.

De todos modos, conviene desconfiar de las interpretaciones psicoanalíticas. El poeta Apolonio de Rodas no nos cuenta el final de la vida de Jasón, sino que lo deja en el momento de máxima gloria, cuando entra con su barco alegre, al ritmo de los ágiles remos de sus esforzados y fuertes camaradas, en el puerto de Págasas, en Yolco. En el momento final del espléndido y memorable viaje de la Argo, auténtico prodigio de los mares, pionera en la singladura del mar Negro, fabulosa surcadora de los grandes ríos de Europa, nave diseñada bajo los cuidados de Atenea, y protegida por las diosas.